NOËL M. VALIS

EL USO DEL ENGAÑO EN *JUANITA LA LARGA* DE VALERA

Es raro encontrar en las últimas obras de la edad avanzada el espíritu de júbilo juvenil, de regocijo malicioso; y sin embargo, éste es precisamente el caso con una de las últimas novelas de Juan Valera, *Juanita la Larga* (1896). Su marco bucólico, el alegre *costumbrismo* andaluz y la feliz resolución de dos de los motivos favoritos de Valera, el de la ilegitimidad y el del *viejo-niña,* incitaron a José Montesinos a calificar la novela como «el último idilio clásico de la literatura española»[1]. Generalmente, los lectores de la obra de Valera han estado de acuerdo con el eminente hispanista, con el desafortunado resultado de que se ha prestado una atención crítica menos seria a *Juanita la Larga* que a *Pepita Jiménez* y a la obra en general del escritor andaluz[2]. Estamos tentados de interpretar el libro como a los recuerdos afectuosos y a las idealizaciones de un viejo hombre ciego, como, en una palabra, una mera bagatela. Pero ¿es eso? Me gustaría

[1] José F. Montesinos, *Valera o la ficción libre* (Madrid, 1969), pág. 149. Para una discusión de los temas de ilegitimidad y del *viejo-niña,* ver Paul Smith, «Juan Valera y el motivo de la ilegitimidad», en *Hispania,* 51 (1968), 803-811; y Mario Maurin, «Valera y la ficción encadenada», en *Mundo Nuevo,* n.º 14 (1967), págs. 35-44; n.º 15 (1967), págs. 37-44.

[2] Algunos estudios sobre *Juanita la Larga* incluyen: Joaquín de Entrambasaguas, «Juan Valera (1824-1905)», en *Las mejores novelas contemporáneas,* I (1895-1899) (Barcelona, 1957), 514-524; Matías Montes Huidobro, «Sobre Valera. El estilo», *RO,* 2.º época, 35, n.º 104 (1971), 168-191; Germán Gullón, *El narrador en la novela del s. XIX* (Madrid, 1976), págs. 150-155; Roxanne B. Marcus, «Una aplicación de la teoría de Jung a la interpretación de doña Inés en *Juanita la Larga* de Valera», *RCEH,* 3 (1979), 259-274.

subrayar aquí que Montesinos, cuya perspicacia en los textos hispánicos es incuestionable, realmente no interpreta mal, sino más bien, interpreta insuficientemente esta deliciosa novela de los años finales de Valera.

Entender *Juanita la Larga* sólo como un interludio rústico es ignorar el extraordinario y subversivo papel desempeñado por uno de los motivos dominantes de la novela, principalmente, el del engaño. Lo que propongo estudiar en *Juanita la Larga* es la trayectoria estructural y temática desde el engaño y la ilusión hasta la autenticidad y la realidad, es decir, el modo en que Valera llega a lo que al menos parece *lo verdadero mediante lo engañoso*. De forma análoga, el novelista andaluz desarrolla otros dos motivos temáticos que sufren una metamorfosis parecida o conversión de un significado a su opuesto: el paso de la impureza a la pureza y el de la ilegitimidad a la legitimidad. Los dos temas nombrados en último lugar pueden en realidad percibirse como subordinados al elemento controlador del engaño, ya que *lo engañoso* implica una condición negativa e inauténtica, acentuando lo que es falso e impropio.

¿Qué hay específicamente en *Juanita la Larga* que manifieste tales dicotomías convertibles? ¿Qué recursos estéticos explota Valera para desarrollar, con duplicidad jesuística característica, su confusa trayectoria de la realidad? Y, finalmente, ¿qué podemos deducir, si podemos deducir algo, del universo novelístico de *Juanita la Larga* acerca de las nociones de la sociedad española de Valera y el papel del individuo dentro de ella?

Juanita la Larga nos ofrece sin embargo una versión más de una de las obsesiones de toda la vida de Valera: el romance de mayo-diciembre. En la variante temática presente, don Paco, un acomodado hombre viudo de cincuenta y tres años, se enamora de la bella joven de la localidad de diecisiete años y de supuesto espíritu libre, Juanita la Larga, hija ilegítima de la mejor costurera de la ciudad, cocinera y pastelera, Juana la Larga. Como en una contradanza, reminiscencia de la *comedia* de la Edad de Oro, don Paco corteja y es cortejado, sólo para ser rechazado, con pesar pero firmemente, por Juanita la Larga, quien, a su vez, con el consentimiento de su astuta madre, quiere manipular con maña a don Paco, a su conformista e hipócrita hija, doña Inés, a otro pretendiente, don Andrés Rubio (el *cacique* local), realmente, a todo el pueblo de Villalegre, para entrar en el santo matrimonio con otro de los más respetables ciudadanos, don Francisco (alias Paco) López. Juanita, muy criticada al principio por la

presumida suficiencia de la gente del pueblo por haber intentado subir por encima de su puesto social, al final convence a todos de la rectitud de su unión en matrimonio con don Paco y, en el proceso, descubre que siente un afecto verdadero y profundo por el viudo de mediana edad.

¿Cómo triunfa Juanita en la novela de Valera? A través del disimulo y la astucia. El uso del engaño para conquistar fines honorables nos choca, por supuesto, como supremamente maquiavélico, con valor desacreditativo, pero Valera consigue inteligentemente hacer divertido e incluso aceptable para sus lectores el engaño de Juanita al presentarnos inicialmente a su heroína en los más agradables términos. Primero, la madre de Juanita no hace ningún intento de ocultar el nacimiento de su hija, o la mancha de la ilegitimidad. Y después, la misma Juanita es descrita como «la moza más alta y más esbelta que había en el lugar. Algo de la sangre belicosa del oficial de caballería se había infundido en ella, y la crianza libre y hombruna que había recibido, había desarrollado su agilidad y sus bríos»[3]. Juanita es, en una palabra, una criatura desencorsetada, algo anómalo en la España del siglo diecinueve. Así, en cuanto a la caracterización, Valera sugerirá una juguetona yuxtaposición de naturalidad (aparentemente, la auténtica personalidad de Juanita, según la descripción inicial) y artificio (las subsiguientes acciones engañosas de la protagonista).

Es significativo que las dos Juanas sean reposteras en un sentido doble. Juana la Larga es, literalmente, una *repostera,* una repostera de las más deliciosas pastas de la provincia; y su hija es una experta confeccionando ropa. *Confeccionar* puede, por supuesto ampliarse metafóricamente para significar el talento que poseen las dos mujeres para manipular y crear circunstancias que vayan mejor con sus propósitos. Y como reposteras de la realidad, Juana y Juanita de modo natural se convierten en astutas disimuladoras (la palabra clave *disimular,* es, además, frecuentemente reiterada en el texto).

También a través de la invención el novelista andaluz continúa la línea del argumento de *Juanita la Larga.* Cuando don Paco y Juanita literalmente tropiezan en el marco de la fuente, entablan conversación en un juego verbal, un malicioso engaño lin-

---

[3] Juan Valera, «Juanita la Larga», en *Obras completas* (Madrid, 1968), I, 536. Todas las demás referencias a las páginas se citan en el texto.

güístico que ha sido señalado por Montes Huidobro[4] en un buen estudio estilístico de la novela. Después de este encuentro es cuando don Paco decide cortejar a Juanita. ¿Cómo? «Con la mayor cautela y ser lo más ladino que pudiese, aunque en estos negocios no le sucedía como en los negocios del Municipio, y el ser ladino no era su fuerte» (pág. 542). Su primer subterfugio consiste en llevar a la casa de Juana la Larga un pedido de media docena de camisas y al mismo tiempo un cesto cubierto de fresas estupendas, así como un obsequio de chocolate. Las dos Juanas captan el significado muy rápidamente e invitan a don Paco a jugar a las cartas. Los tres personajes interpretan el juego del amor y del cortejo precisamente como si ésos no fueran los objetivos reales de sus acciones, pero Juana, su hija y don Paco no han contado con la influencia sofocante de la opinión pública. Cuando la sociedad, escandalizada por lo que considera como el salto social injustificado y prohibido de Juanita, pone obstáculos a la unión proyectada, la heroína de Valera recurre a la única arma que se le deja, el engaño: «He de disimular más y he de ser más hipocritona que esa indina [doña Inés]. Mala intención es lo que no tengo: mi intención siempre será buena» (pág. 561)[5]. Una hembra maquiavélica, Juanita, busca venganza contra la traición de doña Inés, quien ha provocado la campaña anti-Juanita de la gente de la ciudad, finge modestia y piedad de beata e indiferencia hacia el padre de Inés, don Paco. No es de extrañar que el perplejo viudo esté confundido acerca de los motivos de Juanita: «¿sería esto por cálculo o ladino instinto de mujer para cautivarle mejor o para entretenerle con esperanzas vagas? También recordaba don Paco los cuchicheos de Juanita con Antoñuelo [sobrino de don Andrés], y se ponía celoso» (pág. 563).

Sigue una serie de más tretas y reacciones a las tretas: la molesta relación de Juanita con el *cacique,* don Andrés, la interpretación errónea de don Paco de sus motivos verdaderos y su subsiguiente y quijotesca huida burlesca al campo para matarse

---

[4] Montes Huidobro, «Sobre Valera...», págs. 175-177. El pasaje que Montes Huidobro analiza empieza: «¡Perdón, hija mía! ¿Te he hecho daño?» con la respuesta de Juanita: «¿Qué daño me ha de haber hecho usted? Pues qué, ¿soy yo acaso de alfeñique?» (pág. 540). Como observa el crítico, «la técnica se puede reducir a la fórmula A *versus* B; es decir, si un personaje dice blanco el otro dice negro» (pág. 176).

[5] Para un seria interpretación errónea de Juanita la Larga como un simple juguete de las circunstancias, de la sociedad y de la época, ver Teresa Barbero, «Juanita la Larga», en *La Estafeta Literaria,* n.° 550 (1974), págs. 23-24.

por un asunto de amor echado a perder; y la gran treta final de Juanita en el capítulo XLIV, en el que atrae a un torpe don Andrés a una aparente cita de amor sólo para ganarle en un combate cuerpo a cuerpo. En efecto, la novela de Valera trata de una entera y conectada serie de subterfugios y subsiguientes malentendidos por parte de los que no son conscientes de que los otros están jugando un juego y están ocultando las reglas del juego[6]. Así, tanto el argumento como la caracterización dependen de lo ilusorio del engaño, un estado curioso de las cosas en las que la realidad y la autenticidad se convierten en resbaladizos juguetes de operadores maquiavélicos —Juanita, su madre y, en un grado menor, don Paco, su hija Inés y don Andrés— a lo largo de todos los acontecimientos y escenas de la novela.

Esta cualidad lúdica del arte del engaño se extiende más que únicamente en la forma de los acontecimientos y los gestos de los personajes: es fundamental en la creación del marco y de la escena y, efectivamente, está metido en el mismo lenguaje de la novela. El rústico *locus amoenus* de *Juanita la Larga* lleva al mismo corazón de ella, «a la milagrosa fuente del ejido», los dos elementos de gozosa alegría y de engaño. La fuente, que se describe en el capítulo IV y que tiene un lugar significativo en la relación Juanita-don Paco en los capítulos V hasta el final del VII, funciona como una cosa análoga, una objetiva forma correlativa al juego básico de opuestos inherente a la novela de Valera. Como Juanita, la fuente posee maravillosas cualidades naturales; precisamente cuando describe a su heroína como el producto de «la crianza libre y hombruna», Valera compara el fuerte y poderoso chorro de las aguas de la fuente con el «brazo de un hombre robusto, siendo tal la abundancia de agua, que con ella se regaban muchísimas huertas y se hacían frondosos, amenos y deleitables los alrededores de Villalegre, contribuyendo no poco a que la villa mereciese este nombre» (pág. 537). La fuente también es notable por otras cualidades: su transparencia y pureza (pág. 537). No hay duda que Juanita, a pesar de su educación no convencional, es esencialmente inocente y sin tacha. Es

[6] Hay, en efecto, un momento literal de juego en el último capítulo (XLV), cuando todos los personajes principales se dan las manos, Juanita canta una alegre canción y, con un gesto juguetón semejante a nuestro «una patata, dos patatas», toca en el hombro de cada hombre, diciendo «ni con éste, ni con éste», hasta que llega a su prometido, don Paco. Entonces dice: «sino con éste» y lo abraza cálidamente (pág. 627).

representativo del carácter de Juanita, por ejemplo, que use en su pelo «agua sola con alguna infusión de hierbas olorosas para lavarlo mejor» (pág. 538).

Hay, además, otros puntos de contacto entre la protagonista y la fuente. Juanita pasa buena parte de su tiempo en la fuente; primero por razones prácticas y, segundo, por sociabilidad. El idílico marco de Valera proporciona un agradable lugar para las *tertulias* diarias de la gente del pueblo, agradables intervalos reventando de risa, gracia y júbilo. Creo que es significativo que Juanita, desconocedora del amor y del matrimonio, y en contra de los deseos de su madre, insista en ir a la fuente cuando cae la noche. La alegría asexual y la libertad que la protagonista asocia con la fuente no son componentes fortuitos de un marco que cuando más tarde asume un aspecto sexual definitivo en su mente, Juanita tiene prohibido visitarlo. En efecto, la heroína de Valera y don Paco tropiezan bruscamente uno con el otro en la oscuridad convocadora de la fuente y después de este encuentro accidental es cuando el viudo empieza a buscar el favor de Juanita.

En términos claramente precristianos, la fuente, con sus maravillosas aguas y don de la fertilidad, parece un marco particularmente apropiado para que ocurra el galanteo. Sin embargo, el viudo y la diecisieteañera sólo entablan una discusión verbal. ¿Qué ha sucedido aquí? Algún otro elemento, de naturaleza más dudosa, se ha deslizado en la escena: el juego, esta vez, dentro de los límites de un diálogo repleto de delicioso enfrentamiento. El intercambio entre Juanita y don Paco señala otro más característico que está indiscutiblemente asociado con la fuente: la astucia. Buen *costumbrista* como puede ser cuando la ocasión lo merece, Valera también inserta en el capítulo IV dos ejemplos de explotación local de las aguas de la fuente. Primero, observa que el mulero que compra su vinagre en Villalegre lo diluye con las puras aguas de la fuente, endulzando así el sabor del vinagre pero también aprovechándose considerablemente más del producto aguado. El segundo ejemplo que se nos da consiste en usar el agua para humedecer el trigo y después dejarlo secar al sol, justo antes de venderlo. Esta operación, hecha en estricto secreto, advierte Valera, mejora el sabor del trigo, ya que mientras la parte exterior está seca, dentro, el líquido está retenido, añadiendo como resultado peso y volumen.

El novelista andaluz establece así un número de paralelos entre Juanita y el marco de la fuente, porque no sólo participan de características similares, sino que, además, el despertar de

Juanita al amor tiene lugar inicialmente en el propicio marco de Valera. Sospechamos como una astuta implicación el que la fuente de algún mágico modo pagano ha actuado como mediadora entre don Paco y Juanita la Larga[7]. Efectivamente, más tarde, Juanita admite que no debía haber ido a la fuente ya que es una «mocita casadera, y, si no ocupando cierta posición aspirando a ocuparla, debí dejar de ir por agua... Debí darme más tono» (pág. 571)[8]. Aparte las consideraciones sociales, la fuente ejerce obviamente una influencia que, a la larga, tendrá menos que ver con las diferencias en la posición social que con los encantamientos de amor y la promesa de matrimonio.

Acentúo este punto mencionado en último lugar no porque disminuya la importancia del tema social en *Juanita la Larga,* sino porque ese elemento de encantamiento, que Montesinos percibió como idílico, me parece fundamental para la estructura y significado de la novela de Valera. Sin embargo, me apresuro a calificar el término «encantamiento» yuxtaponiendo a él los adjetivos irónico y burlesco. *Juanita la Larga* es menos un idilio que una burlesca y levemente irónica versión de ese género universal, el cuento de hadas[9]. El motivo básico de la astucia, que impregna la acción, la caracterización y la fantasía de la novela, de ningún modo contradice su atmósfera de cuento de hadas; efectivamente, sirve no sólo para reforzar, sino también para explicar la persistencia del *cuento de hadas* en la novela de Valera. Primero, el tema de la astucia es común en muchos cuentos de hadas. Y segundo, a través del engaño es donde se realiza el elemento de encantamiento y donde, seguidamente, nosotros los lectores nos damos cuenta de ello.

Un desenlace característico de los cuentos de hadas es el em-

---

[7] El marco de la fuente como escena de amor también figura en el último capítulo de la temprana historia de encantamiento de Valera «El pájaro verde» (1860).

[8] En un momento sensato, don Paco aconseja a Juanita que no vaya más a la fuente: «estando ya muy remotos los siglos de oro, no era posible imitar a la princesa Nausicaa sin rebajarse o avillanarse demasiado; y así, aconsejó y amonestó tantas veces y con tan discretas razones a Juanita para que no fuese a la fuente» (pág. 545).

[9] El interés de Valera por los cuentos de hadas era auténtico. Ver, por ejemplo, sus historias «El pájaro verde» (1860), «Dos cuentos japoneses» (1887) y «El hechicero» (1894), en *Obras completas,* I (Madrid, 1968). Sherman Eoff observa que «a lo largo de su vida, Valera manifestó una predilección por lo legendario, lo histórico y lo fantástico» («El interés de Valera por el Oriente», *HR,* 6 [1938], 195).

parejamiento del humilde y el noble, del inferior y el superior. Muy a menudo, por supuesto, el personaje de baja estirpe, al final, se convierte en alta estirpe (a veces es cierto lo contrario). O el socialmente inferior se las arregla a través de la astucia para ganar la mano del aristócrata: el uso del engaño se hace así legítimo ya que *el engaño* sirve para demostrar la inteligencia que es la superioridad fundamental del personaje de baja cuna. Algo de los dos modelos está patente en *Juanita la Larga.* La heroína de Valera emergerá triunfante al final porque se ha probado a ella misma ser superior en inteligencia, virtud e incluso en fortaleza física, a todos los demás en Villalegre. Al emplear el engaño y su astucia innata, Juanita finalmente consigue no sólo casarse con don Paco (una situación al revés, por supuesto), sino también el respeto de todo el pueblo.

Hay, sin embargo, otro modo en el que Valera acentúa la nobleza inherente de Juanita: firmemente aplica a su carácter la terminología y bienes de la realeza. Aunque al principio Juanita llama a doña Inés princesa y a ella misma simple «pobrecita trabajadora» (pág. 541), al final de su juguetona conversación con don Paco, deja a su futuro pretendiente con «un gesto imperativo, marcándole la calle, por donde debía irse» (pág. 541). Unas pocas páginas más adelante, Valera la describe como «más airosa y gallarda que una ninfa del verde bosque y más majestuosa que la propia princesa Nausicaa, que también lavaba la ropa, cuando, sin desconcharse ni echar las ínfulas por el suelo, solían hacerlo las princesas allá en los siglos de oro» (pág. 545). O de nuevo: «Parecía la señora principal, la reina de aquella función [misa en honor de San Domingo de Guzmán], y apenas podían comprender sus compatricios que fuese ella la misma moza que hacía poco iba con un cántaro por agua a la fuente. Era marcial y decidido su paso, pero al mismo tiempo majestuoso y modesto» (pág. 558). Características reales atribuidas a Juanita por la voz del autor, don Paco y más tarde don Andrés, continúan hasta el mismo final de la novela. Sin embargo, doña Inés, que también es comparada con una aristócrata pero que resulta ser completamente opuesta de carácter, sólo ve el lado plebeyo de Juanita. Irónicamente, Juanita necesita todo su arte de subterfugio para convencer a doña Inés de la verdadera nobleza interna de la protagonista.

En el epílogo, Valera nos dice que su heroína «parece una princesa encantada, pues no pasan días por ella» (pág. 628). También podríamos interpretar la expresión «princesa encantada» como una referencia a la posición de Juanita hasta el final de

la obra. Implícito en la palabra «encantada» hay un elemento de ocultación. Si Juanita parece ser una simple «moza del cántaro», es porque su verdadera identidad permanece escondida. En efecto, después de que doña Inés y la gente del pueblo hayan condenado su presunción social, la protagonista deliberadamente pone una pantalla entre ella y el mundo exterior: no sólo disimulará reprimiendo sus maneras incultas y su carácter abierto, sino también haciendo el papel de una «beata pobre». O como se dice a sí misma: «En lo exterior he de parecer como una beata pobre; mas ¿por qué he de privarme del placer de cuidar, asear y de pulir con el mayor esmero este cuerpecito que Dios me ha dado? Sin que nadie lo sospeche, he de cuidarlo y he de lavarlo como si fuera el de una infanta de España» (pág. 572). Y unas pocas líneas más tarde: «Además, quiero ser cuidadosa y muy regalada en mi ropa blanca interior» (pág. 572). Aquí, Valera acentúa la cualidad de limpieza natural de Juanita (así como su vanidad), la noción de un contraste implicado con la impureza, particularmente bajo el disfraz de ilegitimidad, es inevitablemente sugerente por sí mismo.

Está claro que la misma Juanita entiende su posición social presente como indiscutiblemente inferior a la de doña Inés y don Paco. La heroína de Valera es completamente franca con ella misma. Con todo, su uso del engaño está claramente justificado a sus ojos. ¿Por qué? En parte, porque ella, como su creador Valera, contempla la realidad como maquiavélica, porque en el fondo quiere «posición, autoridad y título verdadero, suficiente y legítimo» (pág. 572). Sus fines, cree firmemente, son buenos: legitimizar —en este sentido, limpiar— su dudosa posición social. Al mismo tiempo, Juanita la Larga nunca acepta realmente esa opinión mayoritaria, representada por la hipócrita doña Inés, que la ve como algo sucio, ilegítima y, finalmente, indigna de don Paco. Por esta razón, creo que Valera persiste en llamar a Juanita princesa, reina y diosa a lo largo de la novela. ¿Ha sido entonces Juanita la Larga siempre una princesa?

En este caso, ¿realmente podemos hablar de una trayectoria tanto temática como estructural, que pasa de *lo engañoso* a *lo verdadero,* de *lo sucio* a *lo limpio,* de *lo ilegítimo* a *lo legítimo?* En un sentido, quizás no. El carácter de Juanita la Larga no parece, por ejemplo, alterar la radicalidad. Sin embargo, por otra parte, es posible formarse un concepto de la novela como un movimiento de una forma de realidad a otra. En efecto, Valera está una vez más manipulando astutamente esa edad madura,

dualidad cervantina de apariencia contra la realidad. Si Juanita la Larga es realmente una princesa, como colegimos de don Paco, de la voz del autor y de la misma Juanita, no parece así para nadie más. De hecho, es ilegítima. Es de baja cuna. Incluso es mentirosa. ¿Qué sucede aquí? El juego de Valera de yuxtaponer conceptos antitéticos a través de *Juanita la Larga* es realmente *un juego dentro de otro juego,* porque lo que realmente está haciendo es jugar con nosotros, los lectores de *Juanita la Larga.* Por eso es por lo que la novela de Valera es algo más que sólo el último idilio hispánico: es una suave parodia de todas esas ficciones idealizadas, llamadas idilios o cuentos de hadas.

También podemos sacar otra conclusión. Si la verdad puede venir del engaño, si las reposteras pueden crear y manipular su propia realidad, ¿quién puede estar seguro de una realidad cualquiera que sea? El uso deliberadamente ambiguo de la ironía por parte de Valera ha sido, por supuesto, comentado más recientemente por Frank Durand[10]; pero el manejo del novelista andaluz de la realidad como ficción y de la ficción como realidad va más allá de la evidente postura irónica. El juego constante dentro del mundo novelístico de *Juanita la Larga* señala una percepción mucho más radical de la realidad y del instrumento por el que Valera expresa esa realidad: como todo lo demás en *Juanita la Larga,* su creador, su lenguaje, se convierten en un acto de engaño. Las imágenes de confección y disimulo, los juegos de palabras entre don Paco y Juanita, por ejemplo, el engaño verbal y no verbal y los juegos representados entre los personajes, todos estos componentes de la novela de Valera revelan un mundo en el que el lenguaje se convierte en un arma de subversión. Es evidente que la misma Juanita concibe el lenguaje en estos términos cuando declara en un punto de la novela: «he de castigarla [a doña Inés], valiéndome de la lengua, que ha de lanzar contra ella palabras que le abrasen el pecho. Ha de lanzar mi lengua más rayos de fuego que la uña del boticario» (pág. 589). Aquí, por supuesto, el lenguaje es considerado portador de verdad, pero una afirmación enfática de este tipo sobresale en *Juanita la Larga* precisamente porque las palabras en el resto de la obra han desempeñado un juego engañador semejante.

Como el lenguaje, los gestos, los personajes, el marco y el argumento están impregnados del espíritu del *engaño,* es extre-

---

[10] Frank Durand, «Valera: Narrador irónico», en *Ínsula,* n.º 360 (1976), pág. 3.

madamente difícil, si no imposible, averiguar la última intención de Valera al escribir *Juanita la Larga.* Es normal para el escritor andaluz no pretender ningún mensaje moral o filosófico inherente a su ficción, o como escribe en el prólogo: «*Juanita la Larga* no propende a demostrar ni demuestra cosa alguna» (pág. 529). Esta declaración puede ser más cierta de lo que pensamos. Verdaderamente, ¿qué nos está diciendo Valera acerca de la realidad y, más específicamente, de la sociedad española en el mundo novelístico de *Juanita la Larga?* ¿Cuánto tienen de significativo las diferencias sociales? El tratamiento en broma de la educación de Juanita es representativo de la opinión extraordinariamente subversiva que Valera tiene de la estratificación social: a la larga, como en el caso de la misma Juanita la Larga, princesa o plebeya, de baja estirpe o noble, realmente no importa. De hecho, tan válido es llamar princesa a Juanita la Larga como a doña Inés, porque nadie en *Juanita la Larga* es en verdad de origen noble. Sólo la opinión pública y las apariencias dictan la diferenciación social. Y la apariencia es fundamentalmente engañosa en la novela de Valera.

Es significativo que el epílogo de la novela termine recontando un episodio de la vida de Antoñuelo, un personaje secundario que fue ladrón en Villalegre y, en las páginas finales se ha convertido en un timador en el Nuevo Mundo. Antoñuelo, como Juanita, es un embustero; y es obvio que a Valera le gusta mucho detallar algunas de las últimas supercherías de Antoñuelo[11]. *Juanita la Larga* acaba como empezó, *burla burlando,* con una alegre nota de engaño, poniendo así el irónico toque final sobre lo que podemos ver como una opinión cómica del fraude de la sociedad española del siglo XIX.

[*Hispanic Review,* XLIX, 1981, págs. 317-327.]

[11] Éste no es el único ejemplo de engaño presentado en el epílogo. Después de hacer notar que el marido de doña Inés, don Álvaro Roldán, se ha convertido en paralítico (pág. 628), Valera continúa diciendo —algunos párrafos más tarde— que esa augusta matrona «conserva todas sus virtudes, incluso la prolífica, y en estos últimos años ha conseguido que los vástagos de su ilustre casa lleguen a la docena» (pág. 629).